

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN



La chica
del arroyo

W/8: 233

por
COLLEEN
MOORE
50 Cts.



C. G. BADGER

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

EDICIONES - BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

Painted People, 1924

LA CHICA DEL ARROYO

Sentimental película, interpretada por
la bellísima estrella

COLLEEN MOORE

Nov. "Swamp Angel"

de Richard Connell

Producción **FIRST NATIONAL**

Distribuida por

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220 - BARCELONA



Se permite la reproducción

Reservados

los derechos de autor

LA CHICA DEL ARROYO

Argumento de la película

Limehouse es uno de los más populares suburbios londinenses, en donde se hallan representadas todas las razas y religiones de la tierra. Una eterna animación palpita en las calles estrechas y sucias de aquel inmenso distrito. Gentes de vida extraña, inverosímil, discurren por aquel barrio de la ciudad, llevando auestas el secreto de sus vidas.

Todo está mezclado en Limehouse, desde la familia honrada y obrera que vive de su trabajo manual al grupo misterioso, cuyos medios legales de vida son desconocidos y se ampara en el misterio de la ilegalidad y de las sombras; desde la muchacha pura y buena que va salvando su juventud de los escollos

que pretenden abordarla, a la mujer que dejó desde mucho tiempo a jirones los últimos restos de su dignidad.

Las razas forman también una variedad extraña y desconcertante. Blancos de todos los países de Europa, junto a amarillos de ojos oblicuos y rostros afilados, americanos indios, árabes de barbas negras y moreno rostro, negros que se deslizan como fantasmas moviendo sus fuertes cuerpos de ébano.

Este mundo, complicado con todos los matices de las distintas razas, es contenido en las calles por el poder y el respeto que envuelve siempre al policía londinense, guardian de la tranquilidad pública que con su aire lento y grave impone por doquiera el imperio de la justicia.

Cierta tarde, por una de las principales vías de Limehouse paseaba una de las personalidades más caracterizadas del barrio: Chuck, el boxeador, un hombre fuerte, que había obtenido grandes victorias en los *rings* del barrio y sus extensiones...

Ultimamente había logrado varios triunfos sobre otros boxeadores de gran clase y se le señalaba como favorito a las primeras categorías del campeonato.

Una mujer, propietaria de un puesto de legumbres, se acercó al boxeador, y le cogió del brazo.

—¡Estupendo, niño! — le dijo—. ¡Ya me

enteré de tus últimas victorias! ¡Eres todo un campeón!

—Gracias, señora, se agradece el cumplido — contestó Chuck, que era un hombre de unos treinta años, de expresión noble y simpática.

Unos brazos de mujer separaron rudamente a la tendera, de Chuck.

—¡Suelta a mi marido! — gritó una voz de arpía...

—¡No me da la gana! — respondió la aludida...

—¡Suelta!

—¡Vaya usted a paseo, señora!

El escándalo arrojaba y las dos mujeres parecían dos gallos en la pelea. La recién llegada era la esposa de Chuck, una mujer horriblemente celosa, que distribuía la vida entre los celos y el vino, aunque este último tenía sus preferencias.

Chuck se apartó a un lado dejando que las dos mujeres se las entendieran a solas. El estaba harto de su cosilla que armaba cada pelotera que temblaba el mundo.

Otras mujeres habían formado corro junto a las inchadoras y las excitaban a gritos.

—Anda, Cissie — decía una—. ¡Dale un directo, a ver si te clasificas para los campeonatos, como tu marido!

—Tú, Margarit, dale un buen golpe en el

estómago... que puede que Cissie no digiera otra cosa en todo el día — dijo otra.

No eran necesarios tales preliminares para que se sintiesen gladiadoras las dos hijas de Léva... Se cogieron y comenzaron a propinar-se estupendos y bien encajados golpes... ¡Qué puños... y qué puntería!... Sabían escoger bien las partes blandas para pegar...

De pronto, entre el formidable escándalo que se había provocado en la calle, se escuchó una voz que sobresalía de todas las demás.

— ¡No os peleéis, diablo!

Quien la pronunciaba era una chica llamada Arabela, la mascota del barrio. La llamaban también Twinktoes, como su madre que había sido una renombrada bailarina.

— ¡Basta, no quiero que os peleéis, no quiero!

Y ella misma separó a las dos mujeres, imponiendo a gritos su autoridad.

— Es que Cissie me ha injuriado...

— ¡Ha sido ella... ella... la perra!

— ¡Basta he dicho! — volvió a gritar la joven. — ¡No quiero que os lastiméis!... ¡Y vamos, dejaos de peleas que voy a bailar!...

El mar de los odios pareció calmarse y las mujeres se separaron, dispuestas a gozar del espectáculo que iba a brindarles el arte de Arabela.

Esta muchacha era hermosa y rubia como

un sol. La modestia con que vestía parecía hacer resaltar todavía más su belleza espléndida, sus ojos vivos, azules, argéntos, que tenían



— ¡Basta, no quiero que os peleéis, no quiero!

parloteos elocuentes y miradas expresivas...

Arabela bailaba admirablemente... Su cuerpo se trenzaba con una ligereza serpentina...

El boxeador Chuck que había permanecido

a respetable distancia miró con ojos intensamente curiosos a aquella criatura... La miraba así siempre, con la devoción que inspiran las virgencitas de los altares...

Arabela levantó la cabeza y contempló a un hombre que estaba pintando en lo alto de una escalera adosada a la pared.

—¡Pasá, tócanos una tonadilla! — dijo.

—¡Voy, hija mía!...

Y el pintor de pared se sacó de un bolsillo una flauta y acercándola a los labios comenzó a esparcir la música de un baile ligero y alegre...

Y en medio de la calle, Arabela comenzó a bailar con tal gracia, con tan suave vaporosidad que todos la contemplaron con admiración olvidando la reciente pelea para mirse en el mismo amor al arte...

—¡Magnífico... bien por la niña... la reina del barrio! — decían.

Al terminar la danza, la premiaron con aplausos, y lentamente fué desfilando el público.

Un vejete, un mendigo de ruido gahán y sombrero hongo, sonreía a la niña con dulzura.

Arabela se le acercó y dijo:

—¿Qué te pareció el baile, viejo Hank?

—¡Maravilloso! — respondió el anciano—. Es lo que yo digo... pareces una mariposa...

—Hank, nada nos hace la vida tan grata

como la cerveza. Toma, para que bebas a mi salud.

Y le dió unos peniques que el viejo guardó en el bolsillo.

—¡Gracias, niña!... ¡Que Dios te lo pague!

Y desapareció hacia una taberna donde apagar su eterna sed...

Chuck con Cissie, su mujer, estaba aún parado en mitad de la acera comenzando con otros vecinos la gracia pintoresca de la muchacha.

Llegó el terror del barrio, un policía severo, fuerte, que llevaba en la mano un bastoncito.

—¡Largo de aquí todo el mundo! — dijo—.

¿Qué ha sido eso? Me han dicho que hubo bofetadas a granel. ¿Es cierto?

Cissie quiso contestar, pero Arabela intervino más rápida:

No hace falta, guardia, preguntar quién empezó la pelea... Fué por culpa de Chuck que se las echa de buen mozo... Dos mujeres se pegaron por él... — dijo—. Bien, Chuck, ¿es que no se te ocurre en la vida otra cosa que pegar puñetazos, so sabañón?

Chuck bajó la cabeza como si aquellas palabras llegaran muy adentro de su alma.

—¿Por qué eres tan gandul? — siguió diciendo Arabela—. ¿Por que no trabajas como mi padre que es la única persona decente del barrio?

—¿Y a ti qué te importa lo que haga mi marido, deslenguada? —intervino Cissie.

—Tú eres otro sabañón —contestó Arabela con desprecio—. Una desgracia nunca viene sola...

—¿Es que quieres probar el gusto de mis puños, niña?

—No me gusta la hiel...

Chuck intervino para que la cosa no pasara adelante, y el policía les obligó a que cada uno tomara un rumbo distinto...

—No quiero escándalos en la calle... Si vuelvo a verles por aquí os meteré una quincena en la cárcel...

Disolvióse la reunión. Chuck y su mujer marcharon hacia la taberna "La linterna azul" y Arabela se acercó a la escalera donde estaba su padre.

Jack, el padre de Arabela, había presenciado todos los incidentes en que intervino su niña... ¡Aquella chica, siempre dispuesta a la provocación!

Arabela contempló un cartel en que aparecía su retrato, con traje de bañarina. Iba ella a debutar dentro de poco en un teatro de Limehouse.

—¿Te has fijado, pintamonas? —le dijo riendo a su padre—. ¡Esa soy yo! ¡Qué te parece?

El padre dijo sonriendo:

—Maravilloso, lagartijilla, maravilloso...

Un muchacho que estaba cerca de ella contemplando el cartel se echó a reír provocativamente y dijo:

—Lo mismo puedes ser tú que Isidora Duncan...



—¿Es que quieres probar el gusto de mis puños, niña?

—¡Pues esa soy yo... cabezota! —respondió Arabela.

—¡No eres tú! —respondió el muchacho tercamente...

—Soy yo. ¡Verdad papá?

—¡Sí, hija mía!

—¡No eres tú! — volvió a decir airado, el muchacho.

—¡Soy yo! — repitió ella, y le dió tal formidable bofetón que el muchacho cayó al suelo y se apresuró a decir con un hondo suspiro:

—¡Eres tú!

Y puso la mano en sus mejillas doloridas... Y alejóse echando maldiciones contra aquella jovencita que parecía ser la dueña de la calle, aquella muchacha a la que todo se le perdonaba en aras de su gracia y de su juventud.

Jack movió la cabeza contrariado, mientras descendía de la escalera:

—No me gusta que te metas en esas peleas callejeras — dijo.

—¡Es mi vida, papá!... Alguien tiene que cuidarse de esos infelices, y no se lo aguantarían a nadie más que a mí...

Padre e hija echaron a andar llevando la escalera a cuestas...

Los vecinos saludaban cariñosamente a Arabella... ¡Adiós, terroncito de azúcar, encanto de Limehouse, futura estrella del barrio!

—¡Qué simpatías tienes, nena! — dijo el padre, entusiasmado.

—¡Oh, papá, tengo el alma llena de alegría! ¡Qué bella es la vida y qué buenas son esas pobres gentes, a pesar de todo!

Pasaron ante la taberna donde poco antes

habían entrado Chuck y su mujer. El boxeador tras los cristales medio empañados contempló el rostro lindo de Arabella...

Ella le vió y soltando una carcajada, dijo:

—¡Adiós, sabañón!

Y continuó riendo su camino al lado de su padre quien saludó con la mano afectuosamente al boxeador.

Los ojos de Chuck siguieron hasta perderse de vista, a aquella mujer a quien en silencio adoraba con un amor imposible... Cissie, su mujer, le dijo con la dureza inflexible de los celos:

—Decías que no la podías tragar y se te van los ojos detrás como si fueras un colegial.

—¡Cállate, estúpida! — respondió él.

—¡Ea, vayamos a casa que es el sitio donde estás más seguro!...

Y el desavenido matrimonio emprendió su marcha hacia el miserable suburbio que habitaban...

Arabella conocía a todo el mundo en el barrio y su cariño alcanzaba no ya únicamente a las personas... sino también a las bestias... Perros, gatos y caballos se hallaban clasificados entre sus mejores amistades.

Al pasar ante un caballo unido a un carruaje, Arabella se detuvo y comenzó a acariciarle.

—¡Hola, caballito! — dijo — ¡Quieres una

banana? No tengo ninguna a mano pero si la tuviera te la daría...

El caballo pareció comprender y comenzó a cabeccear ante aquella generosa protectora. Y aprovechándose de que el carretero estaba en una tienda, siguió los pasos de Arabela.

Jack estaba enfurecido:

— ¡Llévate el caballo a casa si te parece! — le dijo.

— ¡Si él quisiera venir...!

Vió una tienda de verduras y frutas y cogiendo una banana se la entregó al caballo que la devoró en un instante...

La tendera se dio cuenta del despojo y comenzó a perseguir a Arabela que tuvo que huir con rapidez acompañada de su padre que no estaba ya para aquellos trotes.

Por fin, sin más contratiempos, llegaron al hogar... una casa compuesta de un modesto pisito y unos sótanos, donde, a decir de Jack, tenía instalado el taller de pintura.

Arabela preparó la cena en un santiamén y poco después se ponían los dos a la mesa.

Se comía poco y malito... esta era la verdad... Los tiempos estaban malos; pero la alegría de Arabela convertía la humilde comida en opíparo banquete.

Jack, a pesar de todo, perdonaba las travessuras de la linda muñeca. Mirándola con arrobó, le dijo:

— ¡Cómo te pareces a tu madre, niña mía!

Y se la quedó contemplando fijamente como si los rasgos de Arabela le hicieran pensar intimamente en las facciones dulces y delicadas de la compañera desaparecida.

Ella contestó mirándole serenamente con sus grandes y húmedos ojos:

— ¡Tú crees que llegaré yo a bailar como bailó ella? En el Teatro, afirman que será una buena danzarina, y que mañana, en el debut, obtendré un ruidoso triunfo...

— ¡Serás aún mejor que ella, hijita, mejor!... ¡Y eso que tu madre era una maravilla!...

Y volvieron a comer en silencio... Pronto terminó la colación y Jack se dispuso a marcharse.

— ¡Hasta más tarde, Arabela!...

Y salió como todas las noches hacia el sótano.

Arabela no sabía qué trabajos ocupaban a su padre durante la noche, ni lo que sucedía en el sótano de la casa... Pero allí pasaba su padre largas horas y se escuchaban ruidos misteriosos.

Ella no se preocupaba apenas... Papá se mataba trabajando... Y quedaba extasiada soñando en su triunfo que habría de proporcionar la abundancia y la riqueza, y entonces el padre no tendría que matarse de aquel modo para vivir.

Arabela quedó solitaria en la casa y contempló arrobada su tazón de café con leche

en el que pareció verse ella retratada bailando en plena noche de triunfo, aclamada por



...bailando en plena noche de triunfo...

las gentes ricas de los barrios distinguidos de Londres.

—¿Llegará esto algún día? — se dijo.

Y con la confianza y el optimismo exagera-

do de algunas mujeres, se dijo solemnemente:

—¡Sí!

Luego arregló un poco la mesa y la habitación y se preparó para ir al teatro donde cada noche ensayaba...

Fue al sótano y tuvo que esperar a que su padre le abriera la puerta.

A Arabela siempre le daba miedo la entrada en aquel rincón húmedo y oscuro de la casa...

¿Qué se haría allí?

Su padre pareció recibirla con intranquilidad. Estaba solo.

—¿Qué hay? — dijo de mal humor.

—¡Me voy al ensayo, viejo gruñón!

—¡Adiós!

Y besando la cabeza cana de su padre se dirigió a la puerta.

La muchacha iba bailando alegremente, como si el inmenso contento que tenía en su alma hiciera vibrar todo su cuerpo.

De pronto, en medio de la calle, tropezó con el boxeador Chuck, y le faltó poco para irse de bruces al suelo.

—Estás contraviniendo las ordenanzas municipales — le dijo ella, entre risueña y enfadada—. Los que son como tú van por el arroyo...

—Y las princesitas como tú—respondió él, burlón— no deben abandonar su carroza, si no quieren que las atropellen...

—¡Cállate, sabañón!

Y continuó su camino mientras él quedaba mirándola con honda ternura...

Un instante después, cerca de la calle, un hombre de aspecto rudo y criminal, pegó duramente a un pobre chiquillo, hiriéndole con tales golpes que arrancaba gritos de terrible dolor a la criatura.

Aquel bruto no se acordaba de que también él había sido niño. La pobre criatura gemía con su vocécita de ángel sacrificado:

—Ya te traeré más céntimos. ¡No me pegues más!

Arabela se detuvo contemplando asqueada la escena... ¿Qué hombres corrían por el mundo... Chuck contempló repulsivo aquella escena y avanzó hacia aquel hombre dándole un formidable puñetazo y derribándolo en tierra.

El bruto al verse tratado de tal modo tuvo miedo y huyó en la oscuridad de la noche, comprendiendo cuán distinto era pelearse con un niño indefenso, a luchar con un hombre que sabía contestar a la agresión.

Chuck se acercó al pequeño, le consoló y le dio unas monedas... El niño con una sonrisa de extraño agradecimiento, se alejó también hacia su nido donde probablemente no encontraría amor...

La bella Arabela había presenciado aquel acto generoso y se acercó al boxeador.

—¡Eso que has hecho estuvo muy bien,

Chuck! — dijo conmovida por el gesto de aquel joven.



—¡Eso que has hecho estuvo muy bien, Chuck...!

El boxeador calló. El, hombre fuerte, era tímido al lado de aquella mujercita hacia la que sentía una veneración religiosa...

Nada contestó y Arabella mirándole con ternura le dijo:

—¡Qué lástima que seas un salvajón!

Y se alejó hacia el teatro, mientras Chuck quedaba con una sonrisa rota y melancólica en los labios.

—¡Qué loco soy! — Pensó — ¡Cómo puedo pensar en ella!

Y prosiguió su camino pensando en lo imposible de aquel amor que roía su corazón... ¡Estúpido! Él estaba casado... Y no podría librarse nunca de aquella Cissie, antipática y borracha.



Más atento a la belleza de las roristas que a los espectáculos que dirigía, Marcos Roselief había descendido paulatinamente desde el luminoso Picadilly al sombrío Limchouse.

Roselief se sentía encariñado con las muchachas, más allá de lo que los límites del entusiasmo artístico imponían. Rara era la noche que no convidaba a cenar a alguna artista complaciente.

En los ensayos de la revista que debía estreñarse y en la que debía intervenir como número especial Arabella, se había enamorado de aquella criatura... Le encantaba aquella mujer rubia, graciosa, aquella muñeca del arroyo que disputaba a menudo con las otras compañeras y que algunas veces había llegado a pegarse con ellas por nimias cuestiones de vestidos o de tocador.

Lo malo era que Arabella no parecía hacerle mucho caso al empresario.

Y mientras Arabella ensayaba la revista ante el entusiasmo creciente de Roselief, el boxeador Chuck con el alma contrita y melancólica había entrado en una taberna, llamada "La linterna azul" importante y célebre establecimiento del barrio de Limchouse.

Chuck fué a sentarse a la mesa, que ocupaba Hank, el viejo mendigo, un hombre casi centenario que conocía las trapisondas y los misteriosos modos de vivir de toda la gente del barrio y a quien se consideraba mucho.

Desalentado Chuck le dijo con una mirada de dolor:

—¡Estoy perdido, lo que se dice perdido!

—¿Qué tienes? ¡Anda, cuéntame pronto!

—Soy un loco... ¿Qué te parece? ¡Un pedazo de bruto como yo, casado, ir a enamorarse de Arabella, de ese angelito!—gimió el boxeador...

El viejo le contempló con extrañeza y sus

ojos negros y apagados parecían encenderse con una nueva luz.

—Te falta un tornillo, compañero — dijo.

Chuck continuó su narración en la que había dulzuras y sentimientos poéticos y delicados...

—Nadie lo creería, pero durante la noche me desperté llorando y llamándola a voces como un niño... ¡Esa cliquilla me ha enloquecido sin remedio!...

—¿Y tu mujer sospecha algo? — preguntó.

—Lo sabe y sícate unos terribles celos que no adivino dónde podrán conducirla... Mi vida es un infierno, Hank... Tengo una sed eterna de cosas buenas y he de beber en la charca— terminó diciendo con la elocuencia ruda, espontánea y fuerte de los hijos del arroyo.

El viejo alzó su copa de ajeno y engulléndola sin sentir su terrible quemazón, contestó:

—¿Por qué no bebes duro y seguido como yo? ¡Esto te haría olvidar!

—¿No, no quiero embrutecerme más!... ¡Ea, me voy, tengo que hacer aún muchas cosas!...

—Cuidado con las cosas de la noche, Chuck!

El boxeador abandonó la taberna dirigiéndose hacia el sótano de Jack. Este que era un buen amigo suyo se hallaba con varios jóvenes... Recibió a Chuck con una forzada sonrisa... ¡Estaba cansado, sentía voces de remordimiento que le herían el alma!

¡Ah, las ilegalidades de aquel sótano! Jack había consentido en ser cómplice de varios robos y guardaba allí los objetos sustraídos por otros ladrones y que iban poco a poco vendiéndose, evitando así las sospechas de la policía...

Había comenzado Jack aquel negocio contra su voluntad con un ansia de hacer dinero que le librara de la escasez monetaria en que vivía... Pero el hombre bueno y honrado que había en él se rebelaba contra el hombre de la noche.

Jack había conseguido la colaboración de varios individuos, no así la del boxeador Chuck, que aunque conocedor de los negocios a que se dedicaba el vicio, los había siempre repudiado... El no robaría nunca; su único ingreso era el que le proporcionaban sus puños.

Aquella noche, Jack dijo a sus compañeros:

—Esto no puede seguir, muchachos... Mi hija me cree honrado y en cuanto vendamos esto estoy decidido a dejarlo todo... ¡Ella se moriría de pena si supiera la vida de ladrón que llevo aquí, por las noches!

—Es verdad, Jack — dijo el boxeador—, y yo venía precisamente a aconsejarle de nuevo que dejara esa vida. No es cosa para usted... Y no tiene usted derecho a manchar el nombre que Arabela lleva. No quiera nunca tratos con la justicia...

Y mientras los otros individuos de la pandilla se encogían de hombros no comprendien-

do aquellos escrúpulos de Jack ni de Chuck, terminaba la representación, el último ensayo general, en el teatro de Linchouse.

El director Roselief con su sonrisa melosa de hombre que conoce el modo de atacar, de gavilán que quiere rondar su presa, dijo a Arabela con una dulzura falsa:

—Serás una gran artista, mujer... Y si te portas bien conmigo vas a ser la mujer más célebre de Londres.

Y lo acarició la barbilla con manos temblorosas, ardientes...

Ella, sin comprender la malicia que se encerraba en el pensamiento del empresario, respondió:

—Sí, señor, me portaré muy bien...

—Pues... mira... ¿qué te parece si fuéramos a tomar un bocadito a "La linterna azul"?

Esto era ya otro cantar. Y Arabela se negó.

—¡No puedo! — respondió—. ¡Mi padre se enojaría!...

En vano insistió el empresario pintando con vivos colores lo que se divertirían en "La linterna azul"... La muchacha mantuvo su negativa.

—Tengo orden de mi padre de ir en seguida a casa una vez terminado el ensayo...

—Vete, pero tú te lo pierdes...

Y con una sonrisa fría—él no había perdido la esperanza de vencer más adelante los escrúpulos de la doncella—, la dejó marchar, mien-

tras se disponía a salir con otra corista que mucho tiempo antes había perdido la vergüenza.

Arabela, valerosa y tranquila, se dirigió sola por las calles mal iluminadas del barrio. A nada tenía miedo, bien sabían todos que sus puños eran de acero si convenía...

Al pasar ante un tienda de la calle china, el dueño la saludó con una melosa sonrisa que contrajo su rostro amarillo...

—¡Adiós, Alahela! — le dijo.

—¿Cómo van los negocios, Feladico? — respondió ella riendo y deteniéndose un instante.

—¡Muy bien!... ¡Mañana vamos a ver Alahela bailar!...

—¡Apláude mucho, ¡eh? — dijo ella.

Y luego continuó su camino, canturreando una bella canción de la revista...

De pronto, en una esquina, Arabela tropezó con un muchacho del barrio... y de las palabras de mutua recriminación vinieron inmediatamente los hechos...

Los bofetones comenzaron a repartirse en abundancia de mará, y ella y el chico se enfrascaron en una de aquellas célebres contiendas que hacían famoso el barrio de Linchouse...

Por suerte, Chuck, que acababa de salir del sótano de Jack, presenció la reyerta y corrió a auxiliar a la muchacha.

El muchacho huyó rápidamente ante aquel inesperado socorro, y Chuck se apresó a alzar del suelo a Arabela, que había caído...

—Muchas gracias, Chuck — le dijo ella con honda ternura —, llegaste oportunamente. ¡Eres muy bueno, sabañón!...

Y sin volverse ya, prosiguió su camino, mientras el boxeador quedaba contemplándola con una extraña emoción que ponía en su alma temblores inexplicables, suavidades de enamorado...

Aturrido, fué siguiéndola lentamente, como si con su presencia quisiera defenderla de toda nueva agresión...

También ella pensaba en aquel hombre que tantas veces se ponía en su camino... En el alma de Arabela no había anidado nunca la pasión, no había sentido el amor hacia nadie... Pero aquel hombre le atraía de manera extraña... A veces le daba miedo, considerándole un gángster que nada hacía de provechoso, un hombre sin oficio seguro, dedicado solamente a la tarea de subir al ring de vez en cuando, para repartir unos golpes, pero otras veces le parecía que Chuck era digno y merecedor de mejor suerte... ¡Lástima de hombre para casado con una mujer tan repulsiva como era Cissie, la eterna embriagada!

Arabela llegó a su casa, fué a subir la escalera, y en aquel momento, con una audacia

que a él mismo le maravillaba, Chuck avanzó hacia ella.

La escalera estaba casi a oscuras, únicamente una pequeña llama de gas ponía resplandores de vida.

Arabela volvióse rápidamente al escuchar pasos y se encontró con Chuck.

El la miró con ojos de infinita emoción y acercándose, la dijo:

—¡Arabela! ¡Arabela! ¡Te quiero!

No podía ya contener por un instante más su cariño, que le hacía olvidarlo todo para rendirse ante aquella muñeca de amor...

La estrechó en sus brazos con poderoso aliento.

—¡Te adoro! — murmuró.

Y sus labios besaron la tibia boca de Arabela, saboreando aquel nido de perfume y juventud.

Ella, sorprendida, admirada, se echó hacia atrás y tembló ante aquella escena inesperada.

¡Oh, Chuck! — murmuró —, ¡Déjame!...

—¡No, no — gritó él — no puede ser! ¡Te quiero... te amo!...

Y volvió a besar aquella dulce boca y Arabela pareció abandonarse, aturdida, a aquella caricia de amor.

Pero luego se deslizó de los brazos que la apretaban...

—¡Estoy loca! — dijo —, ¡Dios mío! ¡Será

posible que me enamore de un sabañón semejante?

Y subió corriendo la escaleras, temerosa de



—¡Arabela, Arabela! ¡Te quiero!

que su padre pudiera verla, horrorizada por aquellos besos que le había dado Chuck...

—¡Arabela... escúchame, te lo suplico! — murmuró él.

Pero la joven había entrado ya en el piso y Chuck volvió a la calle, tambaleándose de emoción, pensando que había cometido una locura al declarar su pasión imposible a aquella mujer tan seductora, tan bella, tan distante de él... que era casado...

Arabela se había encerrado en su cuarto... Su padre dormía ya... Y ella comenzó a llorar por aquel momento de debilidad suya, por haber entregado sus labios... a un hombre casado... ¿Estaría loca? ¿Amar a un hombre así que era de otra mujer!

Se estremeció al comprobar que su alma ya no era libre, que lo que apenas había osado sospechar estaba allí con todo el poder de su fuerza!

—¡Dios mío — dijo llorando ante una imagen — protégeme... porque la verdad es que yo también le quiero!

Chuck había vuelto a su casa, pesaroso y alegre a la vez, por aquella declaración amorosa, feliz porque había visto brillar en los ojos claros de Arabela el sentimiento del amor.

Cissie se hallaba tendida en tierra con una botella en la mano. Sus ojos estaban rojos y encendidos por el intenso alcohol...

El boxeador la miró con asco, con repulsión comparándola con la hermosa Arabela, tan joven y bonita...

Cissie se levantó penosamente, y, con ademán agresivo, dijo:

—¿De dónde vienes? Cada vez llegas más tarde... Debes estarle por ahí con esa Arabella... con esa perra... de la que estás enamorado... ¡Ah, mal hombre!... ¡Ya te oigo todas las noches... soñar con ella... con esa... Arabella!...

—¡No te atrevas a nombrarla! — rugió él—. ¡Tu nombre mancha las cosas honradas!... ¡No hables de ella!...

—Te duele, ¿eh?... Pues yo soy mejor que ella... y tengo derecho sobre ti...

Se tambaleaba con la botella en la mano, los cabellos desgreñados y la boca torcida rezumando vino... Era el espectáculo repugnante de la mujer borracha...

—¡Qué asco me das! — dijo él—. ¡No has parado de beber desde el día que nos casamos... y no quiero ni acordarme de tu nombre!

Se puso la gorra y se marchó...

—¡Pues aunque no quieras te acordarás de mí... mal hombre! — gritó ella.

Y volvió a beber, a apurar el último resto de la botella, con una sonrisa idiota...

A la noche siguiente debía estrenarse la revista en la que Arabella debutaba...

El nombre de Arabella, tan popular, corría de boca en boca, en el distrito de Linchouse.

El teatro se hallaba completamente lleno... La gente estaba ávida de admirar a la muchacha, pensando si en escena sería tan lista, tan viva y graciosa como en la vida real.

Su padre, Jack, la acompañó al teatro.

—¡Parece que fué ayer cuando yo acompañaba a tu madre a este mismo teatro — decía... y sin embargo, han transcurrido tantos años!

—Pero hoy renovaré los triunfos de mamá, ¿verdad?

—Cierto, hija mía... Estoy seguro de tu éxito...

Ella entró en el camerino y su padre fué a ocupar el palco proscenio. *A tout seigneur tout honneur...*

En el público estaba Chuck, el boxeador, dispuesto a romperse las manos aplaudiendo a



—Parece que fué ayer cuando yo acompañaba a tu madre a este mismo teatro...

la bella debutante... ¿Triunfaría? El contestaba con una rotunda afirmación...

Arabela se arreglaba en su cuarto y murmuraba entre dientes:

—¿Señor, no permitas que fracase esta noche... y perdóname por estar enamorada de Chuck!...

Nada había dicho a su padre de aquel amor que ella consideraba pecaminoso. ¿Un amor por un hombre casado!... ¡Bien empezaba ella la vida!... Pero en el fondo de su corazón se preguntaba quién tenía derecho a hacer más feliz a Chuck, si ella, que le amaba, o aquella Cissie que no tenía otro cariño que el vino.

¡Ah, ella ya no consideraba ahora tan malo, ni tan "sabañón" a Chuck!... Le parecía superior a todos los demás hombres del barrio... era un alma de buenos sentimientos, lo había demostrado varias veces ante ella...

La entrada de otras artistas la arrancó de sus meditaciones para pensar únicamente en lo que le interesaba entonces: su inminente presentación en el escenario.

Mientras tanto, allá en la taberna "La linterna azul" había llegado Cissie, con un sentimiento de venganza... Desde la noche anterior faltaba su marido de su casa, y ella lo atribuía todo a Arabela. Pero, ¡por el diablo! se acordarían de ella. Conocía ella demasiados secretos del padre de Arabela para que no fuese enemiga despreciable...

Su marido le había dado cuenta otras veces de los negocios de Jack y ahora ella se vengaría...

Cissie conocía bien a los agentes de la poli-

cía secreta... Así es que viendo a cierto individuo de cara seria que le pareció agente de vigilancia, se sentó a su propia mesa.

—Eres de la policía ¿verdad?

El otro hizo una inclinación afirmativa...

—Pues quiero contarte muchas cosas...

—¿Qué tienes que decirme?

—¿Es mi venganza! Mi esposo me ha plantado... se ha vacito tarumba por Arabela!...

El viejo Hank desde una mesa cercana escuchaba, todo oídos...

—Quiero contarte — dijo — Jack con otros hombres... en el sótano...

Y habló en voz muy baja, no sin que el vejete que tenía las facultades bien claras dejase de conocer que se trataba de una denuncia contra el padre de Arabela...

Y él que apreciaba mucho a Arabela y a Jack, calóse el sombrero y se marchó...

Cissie con refinado espíritu de venganza siguió denunciando a la policía los ilícitos negocios que se celebraban en el sótano de la casa de Jack.

—¿Yo lo sé!... Hay allí muchos útiles robados... yo lo sé.

Y le dió tales datos que el agente comprendió que aquella mujer, borracha ordinariamente, decía ahora verdad.

Y mientras ella proseguía su denuncia, en el Teatro de Limehouse el público se impacientaba esperando la salida de Arabela y protes-

tando contra los demás números que salían al escenario, platos débiles e insignificantes...

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! — gritaban ante acróbatas y bailarinas de infimo grado— ¡Fuera!... ¡Qué salga Arabela!

—¡Nosotros queremos Alabeta! — clamaban unos chinos...

—¿Qué salga Arabela!

Y era toda una sola voz, una exclamación de deseo que llegaba, entre bastidores, a los oídos de la muchacha, como una música de emoción.

El empresario estaba radiante:

—Chiquilla, ha llegado el momento... ¡A escena!

Ella, tembló volviéndose pálida...

—¿Qué miedo tengo! — dijo—. ¡El corazón me va a salir!

—¡Triunfarás... anda a escena!

Y ella salió... primero tímidamente... con una gracia suave, palidociendo ante los aplausos con que fué acogida, luego con una serenidad muy gentil...

Vestía una especie de traje apache, y bailó y cantó unas canciones que parecían nacidas de la propia realidad del barrio de Limehouse y que causaron un entusiasmo delirante...

Poco a poco ella fué imponiéndose en las tablas... Bailaba y cantaba con naturalidad graciosa como si se encontrara realmente en ple-

na calle de Limehouse... Y el éxito fué extraordinario, magnífico...

El empresario la animaba desde dentro con palabras alentadoras y Arabela se sentía transportada a las regiones más puras y hermosas del arte.

El silencio fué infinito mientras ella actuó, y al acabar se escuchó como un trueno, como un cañonazo prolongado: eran las mil manos que se rompían latiendo palmas...

—¡Viva Arabela! ¡Viva Arabela!

Su padre se moría de emoción. Las lágrimas empañaban sus ojos y decía a los ocupantes de otros palcos:

—¡Yo soy su padre... yo soy su padre!

Pero no le hacían caso, continuando sus ovaciones hacia la nueva y exquisita artista, flor de Limehouse, que llevaba a escena lo característico, lo típico de aquel barrio de rompe y rasga...

Y Arabela, más emocionada ahora que nunca, sonreía y saludaba gentilmente... Echó unos besos a su padre... y luego miró a la galería, deseosa de ver si estaba Chuck, y al reconocerle le sonrió con una verdadera ilusión de amor...

Chuck aplaudió locamente desde lo alto...

—¡Bien, Arabela, bien!...

—¡Que hable! ¡Que hable!

Se escucharon las inevitables voces de los

días de beneficio o de estreno. El cable, clásico y popular...

—¡Que hable... que hable!

Ella no quería... no sabía hacerlo... ¡Pero el empresario la animaba entre bastidores!

Y ella pronunció unas palabras:

—Estoy emocionada... soy muy feliz... gracias... gracias... y...

Calló un momento para señalar a su padre:

—¡Todo esto se lo debo a mi padre... es el padre más bueno de la tierra... y es el hombre más bueno, más honrado y más leal del mundo!

La concurrencia atribuyó entonces sus aplausos a Jack quien se levantó aturdido saludando con lágrimas en los ojos...

¡Oh, aquellas palabras de su hija, que le creía tan honrado! ¡Repentinamente le pareció que era el hombre más infame de la tierra y juró dejar para siempre aquellos negocios malvados!

Luego descendió el telón y Arabela se vió rodeada por el empresario Roschier y otros amigos que la felicitaban.

La muchacha estaba radiante de gozo.

—¿No te lo dije? — exclamó el empresario — ¡Vas a ser la mujer más famosa de Londres!

Jack llegó al escenario y abrazó largamente a su hija poniendo en sus manos un estuche, un reloj de pulsera que le regalaba. Las

felicitaciones fueron innumerables para el padre de aquella nueva y eminente artista.

—¡Déjenla usted para mí! — decía Rose-lief—. ¡Haremos de ella algo internacional!

—¡Qué buenos son todos ustedes! — decía Jack tímido y emocionado...

Arabela se encerró en su camerino, mientras decía a su padre:

—¡Voy corriendo a casa a preparar la mesa! ¡Vamos a celebrar el éxito! ¡Puedes esperar-me, papá?...

Jack seguía departiendo con algunos vecinos que comentaban el éxito... ¡Ahí era nada! ¡Tener una niña así!

—¡Esto es una mina de dinero, Jack!... ¡Te ha caído la suerte!

El viejo, emocionado, se despidió de todos ellos, esperando a su hija a la puerta del teatro, y en la calle se topó con el viejo Hank que iba velozmente a su encuentro.

—Escúchame, Jack — le dijo el vejete con gravedad... — Cissie te ha denunciado a la policía... ¡Yo la oí!

El terror se reflejó en los ojos de Jack. Una densa niebla parecía cubrirle el cerebro... Tembló...

Chuck pasó ante ellos y acercándose, llevado de la confianza que le unía con el pintor, conoció la noticia. Los tres hombres comentaron aquella desgracia... Chuck que estaba perfectamente enterado del doble negocio de Jack, se

horrorizó ante el descubrimiento... ¡Maldita Cissie, maldita!

Y el terror a que Arabela pudiera enterarse de aquella deshonra puso en los ojos del boxeador llamas de ira y compasión...

—Yo te ayudaré a desprenderme de los objetos, para que Arabela no pueda sospechar nunca la verdad... — dijo.

Hank, contento por haber advertido a Jack de lo ocurrido, se despidió de él:

—Ten buena suerte... y librate de la policía... Pero en la taberna, Cissie se encargó de esparcir la noticia de que cras un ladrón...

El padre de Arabela y Chuck comenzaron su camino entre sombras, hacia el sótano...

Un temblor convulsivo se apoderaba del viejo, que tenía el alma aniquilada por las distintas emociones de aquella noche... ¡Si Arabela, gloriosa en su triunfo teatral, se enterara de qué clase de sujeto era su padre!

—¡Que Arabela no lo sepa nunca! — murmuró—. ¡Se moriría de pena!

—¡Ahora te das cuenta? — le dijo, despectivo, el boxeador—. ¡Debias haber pensado antes en ella!

Los dos hombres callaron... Chuck quería salvar a toda costa al padre de la mujer que amaba. Además le parecía tener cierta obligación moral de efectuarlo... ¡Había sido Cissie, la mala lengua, la responsable de ello! Era

preciso, pues, hacer algo para contrarrestar la denuncia...



Arabela, entretanto, se había cambiado de ropa, y se disponía a marcharse.

El empresario Roselief pretendía que fuese a cenar con ella.

—No seas tonta, muchacha, con los tuyos te aburrirías... ¡Vente conmigo!...

—¡No puedo! — respondió ella, con firmeza — ¡Papá me espera!

Y salió rápidamente, deseosa de encontrarse cuanto antes con el dulce y bondadoso viejo.

Pero en la calle no estaba su padre, y ella creyó que la aguardaría en casa... Y se dirigió rápidamente hacia su hogar...

Por el camino pensaba en su padre y en Chuck... ¿Lograría alguna vez la dicha de poder ser suyo aquel hombre? Ahora la vida sería ya otra... La gloria comenzaba a iluminarla con sus destellos, a adorarla con su luz...

En el piso tampoco había nadie. Su padre no podía tardar en aparecer. Y se entretuvo contemplando el regalo que le había hecho su padrecito...

Era un reloj de pulsera con una tarjeta que llevaba esta dedicatoria:

A mi querida Lagartija. Su viejo Pintamantas.

La muchacha besó aquel objeto... ¡Buen papá! Pero, ¿cómo no estaba ya en casa?

No pudo nunca sospechar que en el sótano su padre y Chuck realizaban un trabajo peligrosísimo.

El sótano daba por la parte posterior al Támbesis, y en una barca, cuyos remos tenía Chuck, transportaba el padre de Arabela todos los objetos comprometedores, producto de diferentes robos... Luego los echaban todos al río, librándose de la responsabilidad de su tenencia...

Chuck estaba enfurecido, maldiciendo aquellos negocios sucios de Jack, espíritu débil, pronto a inclinarse hacia el mal...

Mientras tanto, llamaban al piso de Jack. Arabela fué a abrir creyendo que llegaba su padre y su sorpresa fué extraordinaria al encontrarse con Cissie, la mujer de Chuck, que entró en el comedor, con una expresión burlesca y malvada...

Con el brazo en alto, amenazó a la bella mujer que había dejado repentinamente de sonreír:

— ¡Me las has pagado todas! ¡Ladrona!

Arabela, desorientada, sin poder comprender a qué se refería aquella mujer, dijo:

— No sé qué quiere decir...

— No te hagas la inocente, hipócritona. Has de saber que le he contado a la policía que tu padre es un ladrón, ¿me entiendes?

La sorpresa, la indignación, el horror, se reflejaron sucesivamente en el semblante de la muchacha...

— Eso no es verdad! — gritó—. ¡Mi padre no es un ladrón! ¡Mi padre es un obrero honrado!...

— Honrado, ¿eh? ¡Un ladrón de la peor especie! — dijo Cissie con una terrible carcajada... — ¡Anda y pregúntaselo a los de la taberna... anda... todos lo saben!...

— ¡Oh, mientes... mientes... es imposible... no puede ser!... ¡Papá... papá!...

Se dejó caer ante la mesa con un sollozo desgarrador... ¡Era la tragedia, la crueldad, el horror... el verse deshonrada!...

— ¡No te creo, vibora, mala lengua... infame!...

— En la taberna te lo contarán!... ¡Me la pagaste... condenada! — rugió la celosa hembra. Y ahora que Chuck, tu amante, salve a tu padre, si puede...

Y salió de allí con un rugido infernal que estremecía...

Arabela se levantó... y con el cerebro vacío, no pudiendo acostumbrarse a la terrible idea



— ¡Me las has pagado todas! ¡Ladrona!

de que aquello fuese cierto, marchó hacia la taberna "La linterna azul", donde acostumbraba reunirse su padre con otros amigos...

¡Malvada... criminal!... ¡La mujer de Chuck era lo más infame de la tierra! ¡Mentía... mentía estúpidamente!... Pero, ¿por qué no

había llegado aún su padre? Este pensamiento puso temblores en sus carnes, preguntándose si la policía lo habría apresado...

Penetró rápidamente en la taberna, se dirigió la mirada por todas las mesas, pensando ver a su padre, y al no hallarlo se sintió de nuevo desolada. Pero vió al viejo Hank, un hombre con el que ella siempre se había portado bien y que no le mentiría, y corrió a su encuentro:

—Hank — suplicó —, por favor, ¡dime que no es verdad lo que dicen de mi padre!...

El vejele la miró tembloroso, inquieto...

Algunos clientes de la casa, enterados ya de la denuncia de Cissie, contemplaban con repentina lástima a aquella joven que una hora antes sentía el aliento de los aplausos.

¡Yo nada sé! — dijo el viejo —. ¡No me preguntes!...

Y se levantó, temeroso de tener que confesar la verdad a aquella inocente chiquela, con un deseo de huir y de excusarse...

—¡Hank, por favor! — repetía la chica —. ¿Dónde está mi padre?

Desde las otras mesas la contemplaban con profunda pena. ¡Pobrecita! ¡Tal vez su padre estuviese preso ya!

Llegó a aquella taberna "La linterna azul", el empresario Marcos Rosclief acompañado de unas artistas... Al ver a Arabela se sorprendió infinitamente... ¿Qué hacía allí la nueva estrella de su teatro? ¿Por qué lloraba

de aquel modo? Indagó, y pronto una cliente del establecimiento le comunicó la verdad. Habían denunciado a su padre por ladrón y nadie sabía si estaba preso a aquella hora...



...¡dime que no es verdad lo que dicen de mi padre!...

Arabela seguía con su grito de dolor y de angustia:

—¡Quiero ver a mi padre! ¿Dónde está mi padre?

Al ver al empresario se dirigió a él, llena de vergüenza y de pena:

—¿Usted sabe dónde está mi padre? ¡Por favor!

Estaba desesperada, se mesaba los cabellos, toda ella temblaba...

Roselief, cuya vida tampoco estaba libre de máculas, sonrió irrisamente y viendo en perspectiva una magnífica oportunidad para labrarse la confianza de Arabella, le dijo con falsa ternura:

—Yo te ayudaré a encontrar a tu padre... fíate de mí...

La muchacha, rendida por tanta emoción, cayó aletargada... Sonriente, el empresario la levantó en hombros y la llevó a la contigua sala de baile, depositándola sobre un diván...

Ella dio de beber una copita de vino, diciendo:

—Esto te sentará bien...

Ella volvió lentamente en sí y Roselief, acariciándola, le dijo:

—Dentro de poco iremos a ver a tu padre, niña, no te preocupes...

Arabella se desvaneció de nuevo... Las emociones tan diferentes de aquella noche la atormentaban... Volvió a caer en un estado de dolorosa laxitud...

Había baile en el salón y las parejas pasaban indiferentes cerca del diván donde se encontraba Arabella.

Entretanto habían terminado de poner los objetos en la barca, Jack y el boxeador... El primero dijo:



Arabella se desvaneció de nuevo...

—Arabella estará buscándome... Sube y dile que ahora voy... Mientras tanto, echaré los objetos al río... en la otra orilla...

El boxeador se dirigió al piso y quedó extrañado al ver que Arabella no se encontraba en él... ¿Dónde podría hallarse la muchacha?

Nerviosísimo se lanzó a la calle... En el sótano no había ya nadie... Jack con su barra se había dirigido hacia la otra parte del Támesis...

El boxeador comenzó a andar por las calles mal iluminadas, casi desiertas. Únicamente algunos guardias ponían su nota de severidad en aquel ambiente casi dormido.

¿Dónde podía haber ido la bella y encantadora muchachita? Desorientado vagó por las calles sin acertar el sitio dónde podía estar ella.

—¿Y si hubiera ido a "La linterna azul"? — se preguntó.

¿Cómo no se le había ocurrido antes! La prolongada ausencia de su padre habría hecho seguramente pensar a Arabella en alguna desgracia, y como sabía que el pintor iba algunas veces a aquella taberna, nada de particular tendría que se encontrase allí indagando...

Y se dirigió con paso rápido hacia "La linterna azul".

En aquella taberna seguía reinando la animación más desenfrenada y loca... Arabella continuaba en el diván, atormentada por mil extraños pensamientos en los que se enlazaban las imágenes de su padre y de Chuck, y luego

la de aquella Cissie malvada que había querido vengarse de ella...

Después aquella cortina de sueños se desvanecía para dejar paso a otra visión más luminosa: su debut en el teatro, los aplausos sonando como una marcha real, las ovaciones cayendo sobre ella como guirnaldas de rosas... Y luego, tras este espectáculo, un rostro que adelantaba, que crecía hasta llegar a ella con proporciones monstruosas: el del empresario Roselief...

Roselief bailaba con otras muchachas esperando el instante en que Arabella despertara. Por fin la joven pareció retornar definitivamente en sí, y de sus ojos desapareció la niebla oscura...

—¡Dios mío... Dios mío!... ¿Dónde está mi padre?

Roselief corrió junto a ella.

—Yo sé en qué parte se encuentra... ¡Venga usted a mi casa!... ¡Le he dicho a su padre que vaya a ocultarse allí!...

Sonreía de modo irónico, malvado...

Pues vamos pronto, señor Roselief... Si viene usted qué ansia... qué tormento experimenta mi corazón!...

—Me doy cuenta — dijo el empresario —. ¡Está usted demostrando tanto amor filial que, créame, estoy conmovido!... ¡Es usted tan buena, Arabella!... ¡Yo he de ayudarla en todo y por todo!...

Y llenándola de dulce confianza ante aquellas palabras, la muchacha se dejó conducir por aquel hombre que la llevó a su automóvil y partió a lo lejos con su dulce presa.

Poco después Chuck llegaba ante la taberna, con una congoja mortal en el corazón...

Un amigo suyo le paró con expresión alegre:

—Salgo de aquí — dijo —, está muy animado... Hay cada mujer que quita el sentido, compañero...

—Dime — gimió el enamorado —, ¿Has visto por ventura a Arabella, la hija de Jack?

—¡No he visto otra! Toda la noche que está en el salón... que si su padre está aquí... que si le han dicho esto... que si lo otro... un enigma, amigo mío...

—¡Oh, gracias... gracias... voy a buscarla!...

Adelantó para entrar en el establecimiento, pero su amigo le contuvo con un gesto triste:

—Llegas tarde, compañero... Roselief, el empresario, se llevó a Arabella a su casa...

—¡Oh, el miserable!

Y corrió desesperadamente hacia el domicilio de Roselief, situado en el mismo barrio de Limehouse.

Todo el mundo conocía en el distrito la casa del empresario, y Chuck emprendió rápida marcha hacia ella, deseoso de librar a Arabella de las garras de aquel miserable...

Sabía qué clase de sujeto era el empresario y temía por Arabella. Esta bondadosa muchacha sería tal vez víctima de alguna traición de aquel hombre que se las echaba de conquistador.

Ya no se acordaba de la situación grave de Jack, y su único ideal era ahora reconquistar a la amada perdida...

Iba comprendiéndolo todo... Arabella había corrido a la taberna y el empresario se la llevaba con engaños a su casa...

Mientras tanto Jack había tirado al agua todos los objetos procedentes de robos, mas al volver al sótano para comprobar que todo estaba ya realmente fuera, fué detenido por tres policía que le vigilaban...

No intentó huir... ¡Era inútil! Una sonrisa triste se crispó en sus labios y murmuró:

—¡Lo siento... por ella... por mi hija!... ¡La he deshonrado!

Y cabizbajo se dejó esposar y emprendió la marcha hacia la cárcel...

La denuncia de Cissie había surtido sus efectos. Jack estaba preso y los otros cómplices, los ladrones que le entregaban las cosas robadas, habían sido también todos ellos detenidos por la policía.

La banda en peso caía en poder de la justicia... Y aquella noche entre los noctámbulos de Limehouse la impresión fué extraordinaria. Alguien dió la voz de que había visto a los

presos, y en la taberna "La linterna azul" no se comentó ya otra cosa. Todos lo sentían por Arabela...

Y Cissie, la mujer que había promovido las detenciones, había vuelto a su casa a pedir de nuevo al vino el olvido de su dolor y la calma de una sed que no se acababa nunca...

Apenas Roselief llegó a su casa con Arabela, cerró herméticamente las puertas, adquiriendo su rostro una expresión de trágico deseo...

—Pero... ¿y mi padre? — preguntó ella.

—¡Cálmate... muchacha... bebe un poco... entretanto!...

—¡No... no... yo quiero que me diga usted el sitio donde se oculta papá!...

Una gran carrajada heló la sangre de la doncella.

—¡Vamos, artista... bebe... y ya hablaremos de todo!...

Y le acercó una copa que ella rechazó...

—¡No quiero!... ¡Usted me dijo que me llevaría con mi padre!...

Era su única idea... que como una pesadilla martilleaba su cerebro...

—Oyeme, niña, tu padre se encuentra bien... ha ido a celebrar el triunfo de su hija... Y tú

y yo también lo celebraremos, ¿verdad? Empezarás por darme un beso...

Y pretendió besarla, abarcar con sus brazos



— ¡Usted me dijo que me llevaría con mi padre!

el tallo de flor de aquella criatura, atraerla hacia él de modo frenético...

Arabela comprendió... ¡Aquel malvado!... ¡Cómo la había engañado! ¡La había atraído a su casa con propósitos innobles!...

— ¡Déjeme salir — gritó... — no me haga

daño... usted decía que yo era su bailarina preferida!... ¡Acuérdese!...

Y daba vueltas por el cuarto, alrededor de una mesa, mientras el empresario la perseguía excitado por la fuerte resistencia de la muchacha.

— Porque eres mi preferida... serás mi enamorada... mi mujer... ¿entendés?... ¡Porque yo lo mando!...

Cayó sobre ella, brutal, implacable, como una fiera... Lucharon los dos enlazados en un abrazo de odio... El pretendía acerrar los labios al cuello blanco de Arabela, a la boca que temblaba, roja como una flor de granado...

— ¡Arabela!... ¡Arabela! — gritaba el miserable...

Ella hizo un esfuerzo terrible para desprenderse de aquellos brazos que ya formaban como un garfio alrededor de su cuello, y lo logró. Con un tirón brutal pudo libertarse de ellos, y con el empujón, al pretender detenerla de nuevo, Roselief cayó a tierra, pegándose un fuerte golpe.

Ella aprovechó aquella oportunidad para huir, abriendo una de las puertas y marchando desesperadamente en dirección a la salida.

Por fortuna la puerta de la escalera estaba cercana, Arabela la abrió velozmente y huyó, encontrándose en medio de la calle, libre por fin, vagando desorientada entre la oscuridad de la noche.

Chuck, unos minutos más tarde llegaba al domicilio del empresario, entrando exaltado en las habitaciones de éste...

Encontró a Rosalief sentado en un sillón, aturdido aún por el golpe recibido, dispuesto a no volver a emprender conquistas como aquella...

—¿Dónde está Arabela... miserable?... ¿Qué has hecho de ella?

Rosalief no contestó... Su cabeza había recibido un golpe formidable...

—¿Contesta... habla — dijo, zarandeándole brutalmente.

El empresario cerrando los ojos respondió con voz muy baja:

—Se ha ido... está fuera!...

—Ah, ladrón!

Viendo que, efectivamente, no se encontraba Arabela en la casa, salió otra vez a la calle, rehaciendo el camino hecho anteriormente, preguntándose hacia qué parte habría podido huir aquella muchacha.

Entretanto, Arabela se había dirigido otra vez en dirección a la taberna "La linterna azul"... Pero de pronto, le faltaron las fuerzas, ella era mujer y su cuerpo no podía resistir ya a tan violentas emociones.

Y cayó en tierra, cerca de la manga de luz que proyectaba un farol...

Hank, que había salido de la taberna, dispuesto a regresar a su casa—él era un vaga-

lundo, un noctámbulo que siempre se retiraba con el sol—, descubrió el cuerpo inanimado de la doncellita... y acudió a auxiliarla...

Con su calor, con sus brazos que parecían tener ternuras paternales olvidadas, la hizo volver en sí... ¡Pobrecita Arabela, cómo había cambiado! El dolor había puesto en sus mejillas palideces de marfil y de cirio...

—¡Hank! — dijo ella, con voz que temblaba— ¿Dónde está mi padre? ¡Tengo miedo!

Los dos se habían sentado en el bordillo de la acera junto al farol eléctrico.

El vejete acariciando con amor a aquella pobre muñeca, a aquella hija del arroyo que en una sola noche había conocido las mieles del triunfo y las hieles del dolor, le dijo, no queriendo que siguiera en la incertidumbre:

—Lo han arrestado... chiquilla... y vas a tener que pasar un tiempo sin verlo...

—¿Entonces... era verdad!... ¡El era ladrón... ladrón!

Lloró, engarfiando las manos, sintiendo el ultraje de aquella realidad amarga... Pero lo que le importaba era la libertad de él y suplicó con voz de niña desamparada:

—¿Cuánto... cuánto tiempo... tardaré en volverle a ver?

—¡Bastante tiempo, Arabela!... ¡Su falta es grave!

—¿Y qué voy a hacer, pobre de mí? — gi-

nió—. Yo no merezco este castigo... yo que quería que todo el mundo fuese feliz...

—Pobre niña... Qué mala es la vida, ¿verdad?

Ella calló y el viejo Hank la contempló con la tristeza que inspira el dolor...

¿Y Chuck? — preguntó ella de pronto—. ¿Sabes algo de él? ¿Dónde está?

—No, no sé!... ¿Tú le quieres?

No pudo negar la muchacha.

—Sí, le quiero!...

—Pobrecita... acuérdate... Arabela... ¡Cis-sie está de por medio!

El recuerdo de aquella mujer horrorizó a la doncella... Era inútil vivir. Inclino la cabeza... Comprendió que no había ya para ella ni un solo apoyo, ni un solo brazo protector, sino el desfilliciente y débil de aquel anciano, y dijo:

—Me voy... no sé adónde... pero me voy... no podré vivir así cerca de Chuck... ¡Lo quiero tanto!

Y el viejo la vió partir tambaleándose, sin la alegría que antes era el mejor atributo de aquella flor gentil del barrio... ¡Adiós, juventud rota!

Apenas hubo desaparecido, Hank encontró al desolado Chuck, quien le preguntó:

—¡Hank! ¿Has visto a Arabela?

—¡Sí!...

—¿Dónde está?

—Acabo de dejarla... Pero, Chuck, acuérdate que no tienes derecho a buscarla...

El rípo corrió hacia el lugar que le indicaba el mendigo, junto a la orilla del Tánesis... Vió a una mujer que se echaba al río y reconoció entre el fulgor de la luna a Arabela... La joven, no viéndose con ánimos para resistir su dolor y su abandono, prefería lanzarse a la muerte.

Chuck se tiró tras ella y logró extracarla con vida... ¡Pobrecita mujer! La abrazó con dulzura pretendiendo transmitirle su calor, el fuego de su cariño...

—¡Arabela... Arabela... soy yo, tu Chuck... el hombre que te quiere... y que no se separará ya nunca de tí!... ¡No importa que tu padre esté preso!... ¡Tú y yo fundaremos una vida nueva!... Arabela, mi nena hermosa, yo te quiero...

Ella le miró y se desvaneció en sus brazos, sin poder contestar...

Unos días después, Arabella abandonó el barrio de Linnehouse, para dirigirse a casa de una tía suya, en pleno campo, donde poder olvidar... De este modo ella huía también de Chuck, del hombre a quien amaba y que se hallaba sujeto por los lazos del matrimonio a otra mujer...

En vano Chuck intentó ir a vivir con ella... Quería pedir el divorcio, separarse para siempre de aquella Cissie traidora... ¡Nada logró!... La decisión de Arabella fue irrevocable... Además sentía la honda vergüenza de que su padre estuviera en la cárcel y quería dejar el barrio...

Pasó un año... Y los lindos pies que parecían destinados a pisar los amables escalones de la gloria, se habían endurecido en una vida nueva, a la que se entregaba Arabella para olvidar sus pasados quebrantos. Se dedicaba a las faenas del campo ayudando a su tía en su labor...

Hasta que cierto día, Chuck se presentó a ella, completamente libre. Su mujer, Cissie, víctima de un ataque agudo de alcoholismo, había dejado de existir... Y él podía acercarse



—¡Arabella... Arabella... soy yo, tu Chuck!...

ya para reclamar el amor que nunca había dejado de sentir por Arabella...

La muchacha le aceptó entonces, agradeciendo a Dios que hubiese librado de aquellas cadenas de Cissie al hombre bondadoso y bueno que también había regenerado su vida.

Y unos meses más tarde, Arabella tenía la

inmensa satisfacción de ver a su padre en libertad, cumplida la condena de quince meses que le fuera impuesta...



Se dedicaba a las faenas del campo...

Aquel tiempo en la cárcel había hecho de Jack otro hombre. Jamás volvería a apartarse del sendero del bien; sería pobre pero honrado.

El escarmiento había sido demasiado duro... y lo aprovecharía...

Chuck se casó con Arabella y siguieron viviendo en el campo que les daba su amor y su fecundidad...

Jack convertido en labrador no añoraba los días tristes del barrio de Limehouse. Se sentía feliz junto a sus hijos que trabajaban como buenos agricultores, bajo el hermoso sol que todo lo doraba...

Arabella se había transformado en una hermosa campesina... Y olvidando para siempre sus ensueños de artista, deseaba ser a cada momento más mujer de su hogar... Un anuncio glorioso flotaba en su vida... Iba a ser madre, y aquel hijo que había de venir, sería el complemento de su felicidad y de su verdadera gloria...

FIN

Próximo número:

LOS CHICOS DE LA ESCUELA

Por el cómico PEDRO ELVIRO, el célebre «PITOUTO» de «La Casa de la Troya»

Sea Vd. coleccionista de LOS GRANDES FILMS

UN ÉXITO ENORME

han obtenido los libros 21 y 22 de las selectas EDICIONES ESPECIALES de


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL SÉPTIMO CIELO por JANET GAYNOR
y CHARLES FARRELL

Y

"Beau Geste" por Ronald Colman,
Mary Brian, etc.

Pronto: **LOS VENCEDORES DEL FUEGO**,
por May Mac Avoy y Charles Ray.

En **NUMERO ALMANAQUE**
breve: **de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**
 **PARA 1928**

LEA USTED

la sentimental novela:

**El Amor de un Soldado
Desconocido**

(Manuscrito hallado en las trincheras)

De venta en todas partes.

Exclusiva de venta para España:
Sociedad General Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones, S. A.
BARCELONA: Berberá, 18 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferracarril, 20

